

MONTAJE DE AUTOR

José Luis González Vera

A Blanca Montalvo en el
anverso de tantas alegrías

A José Antonio Padilla, en el reverso de
tantas memorias felices. (S.T.T.L.)
A Gema, su amor.

ÍNDICE

Ángulo contrapicado	p.	3
Haiku 1	p.	4
Geisha	p.	5
Dos relojes	p.	6
Épica menor	p.	7
El surfista	p.	8
El buzo	p.	9
Créditos	p.	10
Donde anidan las ratas	p.	11
 Línea de fuga	p.	13
Haiku 2	p.	14
Fotofobia	p.	15
La piedad del círculo	p.	16
Tiempo muerto	p.	17
Crónica nupcial	p.	18
Naïf	p.	19
El método diario	p.	20

Ángulo contrapicado

HAIKU 1

A Luisa

El cristal bajo el agua
descubre oculto
su antigua transparencia.

Geisha

Esta geisha en el horno de escayola nacida
escribe en cada pliegue su silencio,
la ternura de quien jamás anduvo
cadáveres de azogue putrefacto.

En su quietud de oriente artificial, me sabe
-antídoto de ausencias-
meretriz temerosa
a tu espalda ceñido,
así un mar con su orilla cuando el sueño,
al que pasión indujo otra vez une.

Su serenidad ríe,
me reconoce como el proxeneta
aquel en la película nipona
cubierto de un kimono femenino
tras el tren al galope,
vela y mástil sin barco entre arrecifes.

Esos ojos musitan
un estanque con luna, los nenúfares.
Igual que su abanico
esconden estas sílabas
el miedo a la sentencia de las horas;
frágil humano busco
la calma que no surge de mis versos.

Poema de amor, o casi.

Dos relojes

Para José Antonio Garriga y Blanca Machuca

Toma,
de mi A.D.N. su estela te regalo.

Tras el vidrio, esta máquina susurra
la memoria concorde de mis padres.
Con las agujas de este otro,
los cielos trasegaron cosechas y fatigas
hasta la lumbre firme,
abrigo en el hogar a mis abuelos.

Porque sé que las horas
volarán sobre nuestras risas
como un albatros que gruñe su presencia
ante la luna;
porque sé que vendrán en veneno impregnadas
frente a nuestros portales
igual que un mastín
tiñe fiel su destino con carroña,
acoge ambos presentes ya perpetuos.

Sin su tic-tac desnudos
escolleras simulan
contra la contumacia de los días,
oleaje de pretéritos que diapasón se finge.

Épica menor

A Carmen, mi fortuna

Épica, te conviertes nipona con dos claves,
en tus juegos el mundo se derruye
y lo recompondrás según la taumaturgia
de una televisiva serie Manga.
El jardín de la escuela acoge tu universo,
retenido en *stand by* su decurso
cuando me ves y ríes veloz hasta mis brazos,
y aguardará ese cosmos fiel allí tu justicia
inmutable en el éter.

Un taxi se demora,
esparce la ambulancia un tronar de gemidos
frente al supermercado con atún en oferta,
o alguien cruza la calle junto a un perro.

Sol ninguno, ninguna nube
amortiguó jamás su luz
o en tempestad tradujo sus vapores
con el dolor clementes del humano.

El surfista

A Josep M^a Rodríguez

Alumbra igual origen antídoto y veneno.
Son muerte y vida diálogo
en boca de un actor enfebrecido.
Exhibe el saltimbanqui ante los focos
valentías y errores.

Resurrección oculta.

La adversidad abate los dinteles,
pero redime el fruto la hojarasca
para que el árbol dócil se desbroce
en la nivelación de los cepillos,
el lamer de barnices;
así como la lluvia ahoga y vivifica,
juzgaré cada instante
exclusivo portal hacia la incertidumbre,
refugio del horror y la belleza
indiferentes ante mi delirio.

Sobre el mar, el surfista asume el cosmos
su condición de calma, de luz débil,
victoria frente al viento que me turba
como los paraísos y neurosis,
o el impulso de aquel constante naufrago,
neopreno y algas contra la aspereza.

El buzo

A Alfonso S. Rodríguez y Aurora

Expelía un pretérito inmediato
antes de su retorno hasta la intransigencia
con que afligen las olas.

Lo sumerge tenaz un anhelo de calma,
el castigo no sufre donde el óxido nubla
los tiempos entre un único estrato de vida.

Brota sobre la mar su géiser como crines
y se amamanta el tósigo en el aire,
las facturas pendientes, los litigios
ya invisibles por este ceremonial perpetuo
hacia el útero, senda.

Allí la lucidez
del alga desdeñosa ante los soles,
en su vaivén de origen tan segura.

Créditos

A mi refugio con Miguel Ángel y Encarni.

A Gaby y Esperanza.

A aquellas noches en casa de Luisa

Duermo según mis hábitos nada decorosos
cuando la absenta alza
su sonrisa más fértil,
lobo sobre el sofá escarbo mi refugio
al hilo de los miedos
que espantan vuestras voces
y algún vaso que pierde su equilibrio,
torpe funambulista de las horas.

Mi soledad juró venganza
y durante las noches vigilará mis pasos,
la paz que me negaron mis memorias,
su guerra permanente.

Donde anidan las ratas

A Antonio Dechent

Sobre el cristal del coche,
son las luces urbanas un cortejo de sables.
La alameda sin ruido se apacigua en tu insomnio.
El ritmo de la radio
te otorga los minutos uniformes,
la disposición justa de las rayas
zap, zap, zap ante el paso de tus ruedas;
incluso, la armonía estéril
del neón luminoso.

La servidumbre al reloj y a los trajes,
igual que los insectos contra el faro,
se disuelve en la curva progresiva
de tu cuentakilómetros.

Recorres el espacio
pero no disminuye el tiempo.
Hay misiles que explotan en sus bases,
y la velocidad te encierra
donde anidan las ratas.
Pusieron su mejor mantel, desciende,
apuntan por la noche sus mordiscos
rían en tus ruinas,
goza del espectáculo
igual que quien contempla
los peces que se asfixian en el cubo.

El chico busca ver el cielo
desde el que lo vigilan sus mayores.
Dejó de respirar bajo la colcha,
absorto en esa leve sensación,
el roce de satén,
con que la muerte obsequia
a los que sabe lejos de su rifle.

El miedo adolescente se perfila
en la garganta seca.
Junto a las rocas, ríen nerviosos los amigos
y calculan el salto entre dos puntos,
un juego elemental
como si adelantaran las agujas
del temporizador indiferentes,
artificieros locos,
momentáneos señores de sus risas.

Dividiré el espacio por el tiempo.
La velocidad ruge en la chistera
al rojo del motor, pero el pasado
ensucia con su niebla de gas cloro
la ilusión del futuro.
Los cruces te retornan a la casa
de tus muertos
incapaz de cortar su hilo de humo.
Vete, por tanto, pisa el pedal hasta el fondo,
entierra en el espacio
aquel tiempo que nunca te perdona,
corre,
como si el lobo último
olfateara los cepos en su cueva;
corre, pero comprende
que esta larga avenida desemboca
en alguna avenida.
Cualquier destino sólo es parte de otro.
Sólo espacio:
inicio y fin de todos los trayectos.

El día descontrola a veces.
Nada ostentoso,
el sabor de los labios que perdiste
el miedo a que las tardes
estén tan sólo llenas de luz tibia,
de la paz que no surge.
Un soldado dibuja su nombre en el pecho,
o da brillo a una bala
en la que descansar.
La vida insiste
y hay que enseñarle quién es aquí el jefe.
Son noches de volante
con las revoluciones y la música
al ritmo virulento del desánimo.
Que la emoción se eleve.
Con el tanque vacío,
sin fe en esta piltrafa
famélica que, desde el fondo, me conduce.

Línea de fuga

Haiku 2

El día tus triunfos
alumbra. Sólo
mis huellas atesoras.

Fotofobia

A Belén y Nacho

También la luz destila su castigo,
esclarece el futuro y los temores
ante el sendero fácil, rocas tras la alambrada.

El avispon, apenas perceptible,
sobre el júbilo amante zumba:
así vibra un bordón el universo
e invocará el espacio su inquietud de estrategia.

Esta luz daña ahora
porque fuiste su albergue.

La piedad del círculo

Esta pobre llovezna y el semáforo roto
atascan mis defensas, me devuelven
a tu ciudad de lluvias invisibles
por continuas, de garfios que acarician los vientos
y olas que insisten como tu paciencia
contra la lejanía.

Nos adueñamos bajo el txirimiri
del Igueldo sin niños, de las calles que húmedas
retrasaban sus días para que se exhibiera
tu biográfica ruta de los sueños
camino del presente.

Nos dio su paz la lluvia,
su plenitud de origen,
la eternidad certera de los besos
que evanece en su círculo inmutable.
Igual que una campana repica la memoria,
el invierno de lluvia, para mí tan ficticio,
me inquieta como pasos en la noche
frente al febril insomnio.

Es el pasado musgo sobre roca
que el estío diluye,
pero tras la tormenta, exige el agua
su verde primigenio,
reclama su color el sol entre las nubes
y la vida, aquel eco abstracto
invoca su artificio de farándula
para que se desplieguen traducidas
por el tiempo, escenas
que alzaron un paraguas de lluvia ante el olvido.

Tiempo muerto

Hay días que se pudren cuando nacen;
ni siquiera, el mal sueño con que afligen
indulta su memoria,
ese rumor de estiércol que vomita
sus hilos de reproches.

Sin diluirse en los años,
se enroscan como aceite en la escalera.

Sucumbo ante sus zarpas.

Crónica nupcial

Al principio, fue casi una crónica rosa
en la que nadie narra a los futuros novios
la brevedad del tiempo,
ni dibuja su enorme colmena de minutos
sin manual multilingüe
sobre cómo llenarlos.

Se enmohecieron los días.

Nos volvimos mañosos lanzadores recíprocos
de indiferencia, insultos y arrogancia.
Quedaron, eso sí, sin ningún roce
los muebles de diseño
que hoy decoran la casa que no habito,
aunque el poliuretano sea más fácil
de aplicar en sus grietas
que extraer de los sueños la carcoma,
si enmudece el desánimo
la sonrisa que enmienda cualquier noche.
Éramos dos soldados
caídos en la trampa de bambú.

No tuvimos piedad ninguna.

En días de voz lenta,
contemplo mi cadáver.
Sobre su podredumbre
resplandece el carmín de las horas felices.
No quiero que en el tiempo sólo arraigue lo impuro.

Naïf

A Kike y Adriana

Te echo de menos
y quizás me acostumbre.
Te echo de menos
y ojalá me acostumbre
y tal vez me acostumbre
y me acostumbro
y no te echo de menos.
Ya por costumbre.

El método diario

A José Antonio Mesa, Birgit y la pequeña Amelie

Quizás todo consista en esto.
Ni claves que se ocultan
ni descifrar sin pausa las esfinges.
Permanecer.
Resistir los estigmas que sostienen
el andamio de instantes que llamamos memoria,
una ilusión difusa, falaz guardia del humo
que alberga, sin embargo,
la imagen del que soy, de quien he sido
y busco que se borre.

Una sensual espía seca con su pañuelo
el sudor del verdugo que le ofrece un vendaje;
acallan los disparos el redoble.

Las rutas que no eliges
ensucian la humildad que aloja cada día,
por su entrañable esencia de futuro.
Se desliza hasta el mar la nube sobre el río
o beso un alga libre mientras nado.

Acoge los senderos
y disfruta y defiende los pasos que construyen
tu nombre entre el oscuro trajinar de las horas.